



La Jornada
SEMANAL
SUPLEMENTO CULTURAL DE LA JORNADA
DOMINGO 31 DE DICIEMBRE DE 2023
NÚMERO 1504

EN LAS PALABRAS ESTÁ LA VIDA
CRISTINA PACHECO
(1941-2023) *Alejandro García Abreu*



Portada: Collage de Rosario Mateo Calderón

EN LAS PALABRAS ESTÁ LA VIDA CRISTINA PACHECO (1941-2023)

A principios de diciembre Cristina Pacheco anunció que, debido a su precario estado de salud, dejaría de realizar *Aquí nos tocó vivir* y *Conversando con Cristina Pacheco*, los programas que, desde hacía décadas, conducía para el Canal Once de televisión. De igual manera comunicó a sus incontables lectores en este diario que, al menos temporalmente, dejaría de aparecer su *Mar de Historias*, el relato/crónica/cuento dominical que publicó durante más de tres décadas. A los pocos días, Cristina Romo Hernández –tal era su nombre de pila– dejó este mundo. Escritora, editora y periodista de pura cepa, nuestra entrañable Cristina era, desde hace muchos años, una de las figuras más reconocidas en el medio cultural, en virtud de su célebre talante amabilísimo y cordial, pero sobre todo por la calidad y el alcance de su trabajo incansable. Sus centenares o más bien miles de entrevistas, lo mismo que sus innumerables textos literarios, quedan como el legado colectivo para las siguientes generaciones de periodistas y escritores que en ella tienen un ejemplo incomparable de perseverancia y amor al oficio. Hasta siempre, querida Cristina.

DIRECTORA GENERAL: Carmen Lira Saade

DIRECTOR: Luis Tovar

EDICIÓN: Francisco Torres Córdova

COORDINADOR DE ARTE Y DISEÑO:

Francisco García Noriega

FORMACIÓN Y MATERIALES DE VERSIÓN DIGITAL:

Rosario Mateo Calderón

LABORATORIO DE FOTO: Adrián García Báez, Israel Benítez

Delgadillo, Jesús Díaz y Ricardo Flores

PUBLICIDAD: Eva Vargas

5688 7591, 5688 7913 y 5688 8195.

CORREO ELECTRÓNICO: jsemanal@jornada.com.mx

PÁGINA WEB: <http://semanal.jornada.com.mx/>

TELÉFONO: 5591830300.

La Jornada Semanal, suplemento semanal del periódico La Jornada, editado por Demos, Desarrollo de Medios, S.A. de CV; Av. Cuauhtémoc núm. 1236, colonia Santa Cruz Atoyac, CP 03310, Delegación Benito Juárez, México, DF, Tel. 9183 0300. Impreso por Imprenta de Medios, SA de CV, Av. Cuicatláhuac núm. 3353, colonia Ampliación Cosmopolita, Azcapotzalco, México, DF, tel. 5355 6702, 5355 7794. Reserva al uso exclusivo del título La Jornada Semanal núm. 04-2003-081318015900-107, del 13 de agosto de 2003, otorgado por la Dirección General de Reserva de Derechos de Autor, INDAUTOR/SEP. Prohibida la reproducción parcial o total del contenido de esta publicación, por cualquier medio, sin permiso expreso de los editores. La redacción no responde por originales no solicitados ni sostiene correspondencia al respecto. Toda colaboración es responsabilidad de su autor. Títulos y subtítulos de la redacción.

GUILLERMO ARREOLA: PINTAR DESDE LA INCERTIDUMBRE



▲ Guillermo Arreola.

Un atisbo a la obra del pintor mexicano nacido en Tijuana en 1969, a través de una reveladora visita a su estudio en Ciudad de México. Con atinado sentido crítico, aquí se afirma que “una de las características más importantes del trabajo de Guillermo Arreola es la negativa a repetirse a sí mismo”.

Me parece que fue en 2008, en la revista *El Poeta y su Trabajo*, cuando vi por primera vez las pinturas del también escritor Guillermo Arreola (Tijuana, 1969). En seguida me atrajo la originalidad de sus creaciones, porque no había en ellas ni una sola idea reconocible acerca de la pintura; quiero decir que no estaban respaldadas por la reproducción del pasado en el que se afianzan tantos trabajos en los que, irónicamente, no se advierte ningún contagio de la radicalidad de ese mismo pasado sino, en cambio, la academización y la edulcoración de lo que anteriormente –a través de nuevas búsquedas– significó rupturas importantes con la tradición pictórica. El temperamento inofensivo de estos trabajos se hace evidente cuando discernimos que sólo apuntan a la decoración de interiores.

Las pinturas del tijuanaense están completamente alejadas de supuestas búsquedas de belleza y armonía, que no sólo tienen en común la impersonalidad y la falta de una visión propia, sino que parecen por completo desentendidas de la violencia y las convulsiones que ocurren en el entorno. Esta diferenciación es notable al enfrentarse al trabajo de Arreola, porque nos hace sentir violentados desde un lenguaje en crisis gestado por colores que imponen hendiduras, rasgaduras y rugosidades para envolver a la imagen de nebulosidad. Sin

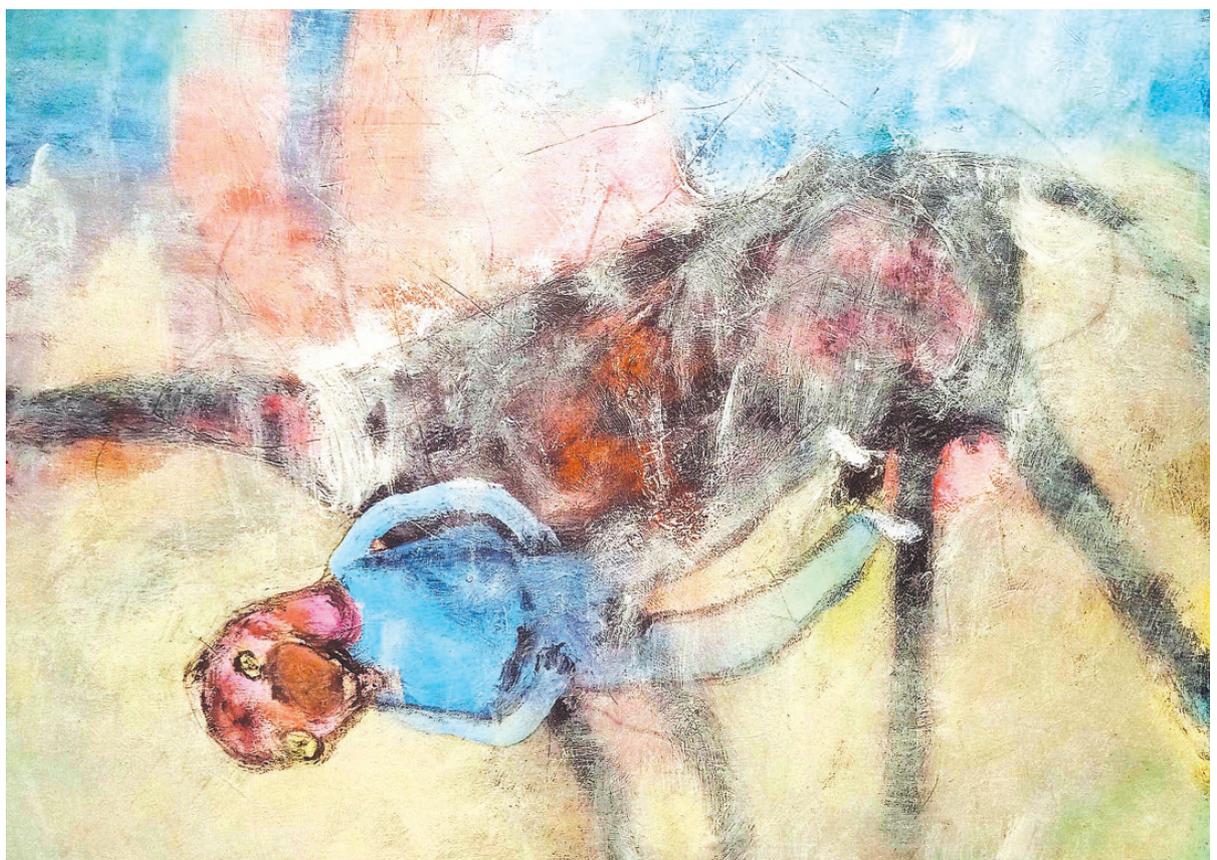
Roberto Bernal



embargo, esta cualidad también es generada por un no saber, por la incertidumbre de quien no sabe identificar claramente los colores que conforman las imágenes que aisló en medio de un tumulto de sombras que cambian violentamente durante el transcurso del día. Existe la sensación de que, en vez de reflexionar acerca de estas sombras y su constante producción de colores, el pintor se apuró a meter las manos en ellas, no para esclarecerlas u ordenarlas sino para incorporar el cuerpo al propio movimiento del color, incluso –o quizá por eso– sin saber nunca a dónde lo llevará. Un trazo que, en su recorrido, no sabe cómo será el color, pero que le otorga al pintor la posibilidad de inventarlo.

Alguna vez tuve la oportunidad de visitar el estudio de Guillermo Arreola cuando todavía radicaba en Ciudad de México. Atrajo mi atención la desnudez del departamento, que ponía en evidencia paredes escarapeladas y amarillentas, en las que no colgaba ni una sola pintura de su autoría. Había, sí, algunos trabajos en proceso, pero que el pintor cubrió con lonas. Creo que fue notable mi desconcierto, porque enseguida me preguntó si deseaba ver algunas de sus creaciones, para después, bajo el brazo, traer consigo un número importante de radiografías. Había pintado en ellas. Una a una, bien ordenadas, las colocó en el piso. Se sentó frente a ellas, al mismo tiempo que describía cuál fue su procedimiento con cada una. Nunca habló de color, ni siquiera de aspectos técnicos, sino del acto físico de pintar, de hacer defensa del cuerpo en ese campo de batalla que, dijo, significa elaborar una imagen. Al tomar las radiografías pude comprender a qué se refería: me resultó fácil percibir, a través de diversas texturas ríspidas, la violencia de la que me hablaba el pintor y que coincidía completamente con el propio extravío e incertidumbre de los trazos. Me sentí notablemente emocionado, porque esas pinturas estaban cargadas de colores que se movían confusamente hacia esas mismas sombras de las que nacieron.

Me parece que una de las características más importantes del trabajo de Guillermo Arreola es la negativa a repetirse a sí mismo. Pese a esto, no



“

Nunca habló de color, ni siquiera de aspectos técnicos, sino del acto físico de pintar, de hacer defensa del cuerpo en ese campo de batalla que, dijo, significa elaborar una imagen. Al tomar las radiografías pude comprender a qué se refería: me resultó fácil percibir, a través de diversas texturas ríspidas, la violencia de la que me hablaba el pintor.

▲ *Los adioses y Cayó de su caballo y nadie lo cachó.*
Guillermo Arreola.

sabemos muy bien cómo es que logramos identificar fácilmente su obra, la cual ha tomado un rumbo por completo nuevo al revelarse notablemente figurativa, pero en la que prevalece la nubosidad de su trabajo anterior como si, intencionadamente, el pintor ocultara la imagen. Sin embargo, parece que hay una vuelta a la primera edad, no como una forma de reflexionar el pasado sino como la búsqueda de esa perspectiva inicial del mundo, quizá más rudimentaria, desprendida de todo conocimiento, pero también por eso más penetrante y aguda ●

LA MÁQUINA CANÍBAL:

VIOLENCIA Y MALDAD EN MEDIO ORIENTE Y OCCIDENTE



El estudio de la violencia humana y su distintos tipos resulta urgente para contextualizar, en el capitalismo voraz que rige las sociedades modernas, la enorme y poderosa maquinaria de destrucción del Estado de Israel y su principal aliado, Estados Unidos, contra el pueblo palestino en Gaza, “maquinaria ya cínicamente autómatas, alimentada por las industrias materiales y cibernéticas de guerra”.

▲ De izquierda a derecha.

Niños palestinos tras un ataque aéreo israelí, en la ciudad de Gaza, 2018. Foto: Xinhua/Str (jg) (ah)

Una mujer palestina blande su rifle durante el 37º aniversario de la organización del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), 2004.

Foto: AFP/Mohammeed Abed.

Manifestantes palestinos contra soldados israelíes tras una protesta contra la expansión de los asentamientos israelíes en la villa de Nabi Saleh, Cisjordania, 2011. Foto: (Xinhua/Issam Rimawi / Apaimages/ZUMAPRESS) (fs).

Ahora vayan y hiéranlos y destruyan absolutamente todo lo que tengan y no los perdonen, pero mátenlos, tanto a hombres como a mujeres, infantes y lactantes, bueyes y ovejas, camellos y burros.

Benjamin Netanyahu citando a Samuel 15:3

Violencia y malignidad

LOS EFECTOS DE los actos de malignidad y violencia han sido y siguen siendo nefastos: dolor, sufrimiento, guerras y muertes. La violencia dialéctica en la historia habida hasta hoy (la de las sociedades escasas y clasistas) ha jugado un papel central en las transformaciones socioeconómicas y políticas. Aunque en las sociedades precapitalistas la violencia ha sido sacrificialmente fuerte y muchos grupos la padecieron, es en las capitalistas donde los sacrificios se masifican: la violencia llega a exacerbarse en limpiezas étnico-nacionales, genocidios, holocaustos y guerras mundiales: como barbaries crónicas y endémicas, producto de su máquina caníbal.

Sin embargo, la historicidad humana no tiene por qué seguir esa desgarradora senda que el capitalismo ha exacerbado; por otro lado, la violencia interhumana y destructiva no tiene por qué suponerse inherente a la actividad humana; más bien, se debe entender como herencia socioantropológica introyectada desde el caos de la naturaleza, que las sociedades hasta hoy no han resuelto sino sólo “domesticado” y que, dentro de otras condiciones socioeconómicas y culturales no escasas y de cooperación solidaria (comunitaria, socialista y comunista), dicha violencia destructiva y sus variadas y malignas expresiones pueden ser superadas. De esta forma se puede responder al pensador Horst Kurnitzky y su planteamiento sobre la violencia como constituyente de la sociedad humana. En concreto, Kurnitzky dice que con las polarizaciones la violencia se desata con mayor fuerza y es entonces cuando –a decir de Hobbes– *homo homini lupus*.

La violencia tiene como una de sus figuraciones a la maldad psico-personal y psico-colectiva,

exaltada cuando crecen las contradicciones en las sociedades modernas. El psicólogo Carl Goldberg señala que dichas maldades no obedecen a un *telos* de origen suprahumano, genético, etológico, psíquico o moral, sino que son producto de las personalidades humanas que se forman en procesos socio-psico-antropológicos y, por tanto, se pueden comprender, tratar y prevenir a partir de pautas humanistas holistas.

El filósofo Bolívar Echeverría distingue, en general, dos grandes tipos de violencia: 1) La *dialéctica-constructiva-positiva*, ineludible a la condición humana. Es la que saca de su naturalidad al ser humano, que Marx llamó “la partera de la historia” y Walter Benjamin “violencia divina”, que implica transición-ruptura de un *continuum*. 2) La destructiva, anti-dialéctica, “maligna” o negativa, que persigue la aniquilación del otro como sujeto libre, que constituye al otro como enemigo, como alguien que sólo puede ser rebajado a la animalidad. Eso es justamente lo que el ministro de defensa israelí hizo: concibió a los palestinos como “animales humanos” a los cuales habría que asfixiar.

Las violencias en el capitalismo contemporáneo

ARMANDO BARTRA, por su parte, distingue tres tipos de violencia capitalista: 1) Violencia económica, la que el capital ejerce sobre la naturaleza y sobre las personas mediante despojos, explotaciones y opresiones de todo tipo. 2) Violencia política como implementación, desde los poderes del Estado, los gobiernos y los fácticos capitalistas de “estados de excepción” de sus propias leyes. 3) Violencia moral del bio-poder es la que se ejerce para domar las mentes y los cuerpos de las personas.

La maldad y la violencia en la actualidad tienen que ver con los dispositivos y las condiciones socioeconómicas del capitalismo salvaje como sistema planetario, afectando principalmente a los sectores más vulnerables: niños, mujeres, ancianos, discapacitados, homosexuales, comunidades étnicas y nacionalidades marginadas.

Miguel Ángel Adame Cerón





Respecto a la violencia basada en la técnica, León Olivé señala las técnicas y artefactos diseñados deliberadamente para producir daño, ya sea a personas o bienes. Ejemplos: las técnicas de tortura, los lavados de cerebro, los controles ideológicos, diversas formas de intimidación, incluyendo técnicas terroristas y antiterroristas. Hay técnicas de control y manipulación, como la intimidación en los Estados totalitarios, y las hay sutiles como la propaganda comercial. En cuanto sistemas están los complejos policíaco-represivos. Los sistemas militares son sistemas técnicos violentos, aunque casi en todas partes del mundo sean llamados elegantemente “de defensa”. Finalmente, estas técnicas y esos sistemas usan artefactos, por ejemplo, armas de diversos tipos (convencionales, biológicas, químicas, nucleares). Todas se basan en artefactos concebidos para dañar, destruir, intimidar, sojuzgar, controlar, vejar. En suma, podríamos decir que son los instrumentos de la maquinaria caníbal que llega al paroxismo nuclear.

Estado sionista y nación palestina: la búsqueda del exterminio

HAY NACIONES QUE han vivido o viven sujetas al *apartheid* y a la cárcel colectiva, como los palestinos durante los últimos setenta y cinco años, desde 1948 hasta la fecha cuando, mediante la guerra internacional imperialista, se les despojó de buena parte de su territorio y se les sobrepuso el Estado expansionista militarista sionista de Israel, confiscando e inhibiendo mediante diversas coacciones su derecho a tener su propio Estado-nación.

El sionismo como ideología y movimiento político nacionalista de un sector el pueblo judío que tiene que ver con su identidad étnico-nacional, civil y religiosa: la conexión con Jerusalén, la utilización del hebreo como lengua sagrada y el sueño de volver y apropiarse de la tierra de Israel. Se formó en un proceso de larga duración que tuvo como fin la tenencia de un territorio y de un Estado propio (sentido de pertenencia independiente y propia), ante la carencia traumática y por

momentos desesperada (diáspora, aislamientos, marginaciones, expulsiones, falta de integración como minorías nacionales, reacción ante el antisemitismo racista y antisemitismo nazi, rechazos dentro de otras fronteras nacionales a pesar de su poderío de grupo). Desde un enfoque psico-social podríamos decir que ese *hiatus* propició la expresión exaltada de su búsqueda y logro en la conciencia pro nacionalista agónica.

Pero el sionismo fue empoderado en la creación *a fortiori* de un Estado implantado en territorios de la Palestina histórica, que si bien fue poblada constantemente de judíos y hebreos, éstos fueron minoría antes de la guerra de finales de los años cuarenta, especialmente la de 1948, que ganó con fuerte ayuda de capital judío en alianza con los Estados imperialistas inglés, estadounidense y otros. De ahí se fortaleció política, económica, poblacional, militar y territorialmente, convirtiéndose en un sionismo definitivamente neocolonial, expansionista, anexionista, supremacista, racista, agresivo, de política de aniquilamiento del otro: los árabes palestinos musulmanes cada vez más marginados y desplazados de sus propias tierras, casas y lugares histórico-sagrados, hasta convertirse, lo que fue quedando de Palestina en este siglo XXI, en “la cárcel abierta más grande del planeta”.

La política maligna de exterminio por asfixia, negando o bloqueando alimentos, agua, combustibles y medicamentos, declarada y accionada por el Estado de Israel contra 2 millones 400 mil habitantes palestinos de la franja de Gaza, desde la incursión y las matanzas de Hamás de civiles colonos judíos en los últimos días de la primera semana de octubre, inmediatamente se vio acompañada con los lanzamientos martirizantes de arsenales militares por aire y tierra, incluyendo armas de fósforo abrasador y cientos de bombardeos imparables y despiadados contra población civil. A un mes del inicio de las hostilidades de guerra sumaba miles de muertes: más de mil quinientos israelíes y casi seis mil muertos palestinos, incluidos miles de niños, lo que llevó al secretario de la ONU a declarar la existencia de un gigantesco “cementerio”. La maldad de dirigentes y comandantes sionistas barbáricos y

la malevolencia del ministro Netanyahu diciendo que es la confrontación de “la civilización contra la barbarie”, constatan la violencia permanente y endémica del capitalismo y, especialmente, del sionismo y del imperialismo estadounidense, que es su respaldo material e ideológico. Se personifican en las acciones cosificadas de extrema violencia y de inhumanismo que no se detiene ante nada: es la encarnación de la maquinaria de guerra ya cínicamente autómatas, alimentada por las industrias materiales y cibernéticas de guerra, que han visto elevarse una vez más sus malvadas ganancias. Y claro: Biden, Netanyahu y su comparsa de jefes de Estado europeos sólo son sus títeres eficientes.

Aún más, el ministro israelí de Jerusalén, Eliyahu, declaró que sí era opción lanzar una bomba nuclear contra la franja de Gaza; es decir, están de verdad dispuestos al canibalismo genocida de bombas hasta llegar a la atómica y el imperialista Biden así lo confirma, enviando bombas de precisión para el gobierno de Israel, además de submarinos nucleares a la región con fines de “disuasión”.

Las soluciones como vías factibles y utópicas

NUEVAMENTE LA ÚNICA solución-salvación es el pacifismo más radical: ir hacia la aniquilación del capitalismo y sus monstruosas consecuencias de miles de muertos, heridos, desplazados, despojados. Empero, para la guerra ahora, la salida viable inmediata y posible para los millones de palestinos es primero detener el genocidio y asistir internacionalmente a la sufriente población palestina, y enseguida la constitución el frente humanitario que propone el editorial de *La Jornada* del 17 de octubre, que es esa vía posible: “La única manera de frenar la barbarie es la formación de un frente internacional por la sensatez y los derechos humanos, capaz de llevar a las partes a una mesa de negociaciones y de disuadir a quienes pretenden atizar las confrontaciones.” ●

EL ETERNO VIAJERO



▲ Cristina Pacheco y José Emilio Pacheco a la salida de la Fundación Paz, para festejar los 84 años de vida de Octavio Paz. Foto: Omar Meneses.

Recuperamos la valerosa, triste y genial entrega de *Mar de Historias* que Cristina Pacheco (San Felipe Torres Mochas, Guanajuato, 1941-Ciudad de México, 2023) dedicó a su pareja, José Emilio Pacheco (Ciudad de México, 1939-2014), poco tiempo después de su fallecimiento. El de ellos fue uno de los vínculos afectivos más duraderos y entrañables en la literatura mexicana.

I

PARA SUPLIR nuestras interminables conversaciones, siempre que te ibas de viaje nos llamábamos y nos escribíamos cartas. Las hojas de papel nunca bastaban para que nos dijéramos lo que nos sucedía, a ti en un ambiente nuevo y a mí en el que conoces de sobra porque lo hicimos juntos. Por más cuidadosos que fuéramos siempre se nos olvidaba registrar algo.

Para evitar esos huecos se te ocurrió que lleváramos cada uno un diario a partir de nuestra despedida en el aeropuerto o en la estación. Ese registro siempre me ha hecho imaginar que no te has ido, por eso de una vez comienzo mis anotaciones en este cuadernito y no en una libreta, como siempre.

Los arreglos para tu viaje fueron muy complicados. Decidir qué ibas a meter en la maleta nos tomó horas, aunque mucho menos que ordenar en fólders los textos que pensabas corregir una vez más. No dispuse de un minuto libre para ir a la papelería, así que estoy usando el cuadernito que nos mandó Almudena Grandes: *El lector de Julio Verne*.

Me encanta, porque tiene aspecto de útil escolar, lástima que sea tan delgado. Mañana compraré una libreta gruesa (donde copiaré lo que escriba hoy) y luego otra y otra, porque tu viaje esta vez será muy largo. Por favor, tú también escribe el diario, pero no en papelititos sueltos, sin fecha, que luego tengo que ordenar como si fueran partes de un rompecabezas.

II

PARTO DE LO que vivimos apenas esta mañana. Por tomarnos un último café, se nos hizo tarde para ir a la estación. Pese a ser domingo, nos topamos con cuatro manifestaciones y un tráfico

Cristina Pacheco



endemoniado. Estuvo en peligro tu mayor orgullo: jamás haber perdido un avión o un tren. Para colmo surgió otro inconveniente: todos los estacionamientos llenos. Coincidimos en que te fueras caminando a la estación para registrarte mientras yo me estacionaba. Tardé mucho en lograrlo. Cuando bajé del coche me di cuenta de que habías olvidado tu bufanda. La tomé y corrí tan rápido como me lo permitieron los zapatos de tacón alto.

Si me hubiera puesto botas quizás habría llegado a la estación antes de que te pasaran al área destinada a los viajeros. Intenté convencer a un guardia de que me permitiera pasar hasta allí para entregarte tu bufanda. Se negó. Le supliqué y hasta lo hice partícipe de tu vida (cosa que detestas), explicándole que te ibas a una ciudad que estaba a cuarenta bajo cero. Se estremeció como si fuera él quien iba a padecer un clima tan adverso.

Me da vergüenza confesártelo, pero odié a ese hombre sólo porque cumplía con su deber. Traté de ablandarlo llamándolo oficial, pero fue inútil. Me resigné a renunciar a nuestra despedida y al invariable intercambio de recomendaciones y promesas: Júrame que no te quedas triste. Procura dormir en el camino. Cierra muy bien la puerta. Te llamo en cuanto llegue.

Debo haber tenido una cara terrible, porque el guardia al fin me permitió pasar. Entré en el andén en el momento en que subías la escalerilla con la cabeza vuelta hacia la entrada. Sé que me viste, oí que me gritaste algo que no alcancé a entender. Supongo que repetías la promesa habitual: Te llamo en cuanto llegue.

Sentí desesperación, necesidad de abrigarte el cuello y corrí pegada a las vías, pero no alcancé el tren y mucho menos a la altura del vagón en que ibas. Te imaginé quitándote el abrigo y metiendo al maletero la mochila con el libro que quisiste llevarte, los fólders, una colección de bolígrafos bic de punto grueso y al fondo de todo la Mont Blanc de la edición Schiller que te regalé para tu cumpleaños.

Te fascinó desde que la viste anunciada en una revista y decidí comprártela en secreto. De otro modo me lo habrías prohibido, bajo el argumento de que: es demasiado cara. No gastes en mí. Por hacerte un obsequio recibí otro maravilloso: tu expresión de felicidad cuando probaste la pluma en una servilleta de papel.

Mejor no recordar tanto. Vuelvo a lo de esta mañana. Cuando el tren desapareció en la curva me eché tu bufanda sobre los hombros. Sentí la misma tranquilidad que cuando estás de viaje y me pongo tus calcetines o tu suéter que siempre huele a esa loción barata que prefieres.

III

AL SALIR DE la estación no pude recordar en dónde había estacionado el coche. Durante el tiempo que caminé para encontrarlo se me olvidó que te habías ido y llamé a la casa para decírtelo. Claro que no obtuve respuesta. Imaginé los cuartos vacíos, silenciosos y sentí apremio de llenarlos con el rumor de mis pasos. A pesar de mi urgencia



▲ Cristina Pacheco. Foto: La Jornada / Yazmín Ortega Cortés.

me detuve en una librería. Recorrí todos los pasillos, miré cada anaquel, me asomé a las mesas de novedades.

Mi comportamiento despertó las sospechas de los empleados y de una mujer-policía multicolor: cabello granate, párpados azules, mejillas cobrizas, labios fucsia y uñas verdes. Adiviné sus dudas para elegir esa paleta y el tiempo que le habría tomado maquillarse. Acabé por admirarla y le sonreí, pero ella siguió observándome desconfiada, lista para actuar en caso necesario.

La situación habría sido menos incómoda si le hubiera dicho a la mujer-policía que si iba de un lado a otro se debía a que estaba haciendo comparaciones entre los libros para llevarme el más grueso, el que me aloje y me acompañe durante el primer techo de tu ausencia. Después de consultar índices y hacer sumas me decidí por *Los Thibault*. Sus seis tomos alcanzan mil ochocientos treinta páginas con letra pequeña. Tomando en cuenta que mi trabajo me deja poco tiempo libre, calculo que leer esta novela me tomará muchos meses, aunque menos de los que tardarás en regresar.

Si estuvieras aquí y te mostrara mi primera compra desde que te fuiste dirías: Este libro lo tenemos. ¿Para qué trajiste otro? Pues para no ver tus anotaciones en los márgenes, las marcas que dejaste, la ceniza de tu cigarro que cayó entre las hojas. En las circunstancias actuales, encontrarme con esas huellas me lastimaría.

IV

EN CUANTO ABRÍ la puerta te grité el saludo de siempre, ya sabes cuál. Subí a tu cuarto rápido, como si estuvieras esperándome. No estabas, pero encontré la ropa que dejaste tirada, el encendedor que diste por perdido y la cachucha con que te protegías de la luz artificial para ahorrar vista, según tus propias palabras.

Luego hice lo de siempre al mediodía: bajé a la cocina para hacer café. Aunque no lo creas resulta muy difícil y requiere de cierto valor preparar una sola porción de lo que sea cuando siempre has hecho dos. Con la taza en la mano salí al patio y puse a funcionar la fuente para que subiera el rumor del agua que te recuerda el mar.

Ya casi llené el cuadernito de Almudena. Le pondré la fecha de hoy: 26 de enero. Mañana escribiré en la primera libreta de las muchas que tendré que llenar contándote mi vida hasta el día en que vuelvas. Ya sé que esta vez no será pronto. En cierta forma es mejor: me darás tiempo de cumplir con todos tus encargos, entre ellos encontrar la pluma negra con la que tenías mejor letra. Esto me recuerda otro de mis pendientes: descifrar lo que escribiste en hojas sueltas las noches anteriores a tu viaje.

Hice una pausa. Me levanté del escritorio porque reapareció frente a tu ventana el colibrí que tanto te gustaba. Si él regresó, es imposible que no regreses tú ●

EN LAS PALABRAS ESTÁ LA VIDA

CRISTINA PACHECO (1941-



Cristina Pacheco (San Felipe Torres Mochas, 1941-Ciudad de México, 2023) nació en el estado de Guanajuato, de donde decidió mudarse a la capital del país. Durante su larga trayectoria siempre se caracterizó por un periodismo social que daba voz a las personas en barrios, vecindades y calles de México que pocas veces tenían cabida en la televisión o en la prensa escrita. Deseamos que este texto sirva de homenaje a una de las figuras clave para comprender parte de la cultura mexicana de los siglos XX y XXI, quien fue también editora y colaboradora de *La Jornada*, donde publicó durante más de treinta años su columna *Mar de Historias*. Su escritura –su vida– consistió en una cruzada contra la Muerte.

Los condenados de la tierra

“CONTRA LOS DESIGNIOS del Todopoderoso –parece que la oigo decir a Ella–, nadie puede oponerse, ni menos la voluntad pequeñita de un niño que viene al mundo sólo para morir y se va silencioso, o entre gemidos lastimeros, que se escuchan con el aliento contenido y resignación seca ya de lágrimas hasta que se transforman en el último resuello y al fin se confunden con el silencio.” El texto poético de Cristina Pacheco –colaboradora espléndida de esta casa editorial– dejó una oquedad en el corazón.

Luchó –cito a Frantz Fanon– por los desterrados, por “los condenados de la tierra”, por aquellos que viven en plena precariedad. Periodista extraordinaria, Cristina se fijó en “los de abajo”

Alejandro García Abreu

2023)

–según el título de Mariano Azuela– como nadie los describió previamente. Las palabras de dichas personas sólo fueron escritas por la autora de *La Jornada*.

Mar de Historias y Aquí nos tocó vivir

EL PERIODISTA JORGE Vaquero Simancas recuerda que la escritora y conductora Cristina Romo Hernández –cuyo nombre de pluma fue Cristina Pacheco– murió a los ochenta y dos años. Fue un símbolo de la televisión pública de nuestro país en el Canal Once, espacio para su programa *Aquí nos tocó vivir*, que se emitió durante cuarenta y cinco años. Carlos Brito –director del canal– escribe: “Con un profundo dolor, quiero compartir la noticia del fallecimiento de nuestra querida Cristina Pacheco.” La cronista informó a principios de diciembre que dejaba sus proyectos en la televisión por “graves problemas de salud.” También se despidió de los lectores de nuestro diario.

El 3 de diciembre de este año, Cristina Pacheco anunció que, por su frágil estado de salud, suspendería “temporalmente” su serie *Mar de Historias*, publicada en *La Jornada* de manera ininterrumpida cada domingo durante treinta y cuatro años, como informa Ángel Vargas. Lo hizo con un breve mensaje a sus lectores, “así como a la comunidad que hace posible este diario, en el que agradecía su apoyo y constancia a lo largo de ese tiempo. ‘Ha sido maravilloso’, expresó, para luego desear a todos la mejor de las suertes.”

“Murió a las dos de la madrugada, tranquila, en su casa, rodeada de sus seres queridos”, dijo a este periódico su hija Laura Emilia, quien afirmó que su madre tuvo mucho éxito como periodista en medios impresos, radio y televisión. Laura Emilia exteriorizó que uno de los pendientes es reunir y publicar una antología de los cuentos de su madre y los relatos de *Mar de Historias* que “durante más de tres décadas aparecieron semanalmente en este diario. Esos textos son esenciales, porque cuentan la historia de nuestra ciudad y de quienes la habitamos, y nos dejan ver lo invisible, como ello lo logró, y eso es fantástico”, según Ángel Vargas y Reyes Martínez Torrijos. Su hija fue contundente: “[Fue] una mujer que superó todos los obstáculos que enfrentó desde que nació. Jamás falló en su trabajo, ni en *La Jornada* ni en Canal Once; siempre iba feliz, así estuviera enferma, como la última vez que fue a despedirse a su programa [a comienzos de diciembre de 2023], pues ya estaba en una situación de salud comprometida y, sin embargo, sintió que era indispensable despedirse.”

/ PASA A LA PÁGINA 10

Una entrevista con Cristina Pacheco Mauricio José Sanders Cortés

En 2001, el Fondo de Cultura Económica publicó *Al pie de la letra*, una compilación de las conversaciones que hasta ese momento Cristina Pacheco había sostenido con diversos escritores. Compilador y prologuista del volumen, Mauricio José Sanders Cortés entrevistó a la editora, periodista y narradora. De esa conversación recogemos algunos fragmentos, en los que la autora de *Sopita de fideo* habla del elevado arte de la entrevista, en el cual fue maestra indiscutible.

¿Cómo fue que Cristina y yo conversamos? [...] Cristina Pacheco, lo sabe el lector, no hace más que subirse y bajarse de distintos barcos. Habla con todo el mundo. Habla en la radio con señoras de domésticos problemas, habla en la televisión con ferrocarrileros felices de sus trenes, habla en los periódicos con hombres cargados de vicios políticos y públicas virtudes. Habla consigo misma y entonces escribe sin hablar sus libros. [...]

¿De qué hablar con una mujer que escucha a todo el mundo? Este libro es de entrevistas con escritores. Podría pensarse que con la mujer que los ha escuchado se puede hablar de los libros que ellos han escrito. [...] Sería entonces un inventario de los gustos literarios de Cristina Pacheco. Sería un casco oxidado de conversación, un barco seco en un dique. [...] Hubiéramos hablado sin hablar. [...]

¿De qué hablar pues? Alguien que escucha tiene mucho de que hablar. [...] ¿Por qué se oye a sí misma hablar? Hay que hablar de por qué conversa tanto con esta mujer que, tan alegre, se ha subido a tantos barcos. [...]

Dice:
–Voy amorosamente y hablo con la gente por todo lo que me hace pensar de mi vida.
Hablar es un acto de amor hacia uno mismo. Uno se oye mientras escucha hablar al otro. Cristina Pacheco dice que habla para cumplir el amor consigo.

Prosigue:
–Sé más de mí misma cuando me pregunto por qué perseguí a esta persona, cuando me cuento cómo encontré a esta otra. Después de hablar con ellas, no tengo sino agradecimiento por haber visto sus gestos, sus temores, pues entonces sé más de los míos.

Cristina Pacheco dice también que cuando ha hablado, vienen accidentes. Dice que alguna vez ha tenido que hablar a oscuras con un hombre de voz cascada. [...]

Conversar es una actividad riesgosa. Hay silencios como zozobras y vergüenzas y hay naufragios cuando dos piensan que no se entienden nada. [...]

–Cuando se conversa –dice Cristina Pacheco, que lleva el timón–, el trabajo más delicado es escuchar. Las mujeres podemos hacer ese trabajo. Por eso las mujeres somos sabias.

[...]
–Yo escucho con todo mi cuerpo y no sólo con el corazón. Cuando la conversación termina, acabo con un terrible dolor de espalda y me duelen los hombros. Quiero escuchar con los oídos, pero también sé que escucho con los ojos y con los dedos, que puedo escuchar con el tacto y el olfato.

[...]
–Escuchar es un trabajo artesanal. Hay que dejar venir las circunstancias. Hay que confiar plenamente en el otro. Conversar es un enamoramiento momentáneo. No debe haber dolo. El que habla y el que escucha se dan sendas confianzas, se descubren mutuamente. Por eso detesto las grabadoras.

[...]
–Uno sabe que las conversaciones no van a volver. El de hablar con alguien es un tiempo sin tiempo. Hablar, hablar con quien sea, es un pretexto para confesarse. No hay escritores cuando hablan. No hay pintores ni científicos ni políticos. No hay padre ni madre ni amigo ni hermana. Hay hombres a quienes les falta quién los escuche. Los escritores son hombres como todos los hombres. Es igual con todos, padre, madre, novia, amigo, hermana. Por eso el que escucha debe estar como ausente, para dejar que el otro se confiese.

Cristina Pacheco conversa. Habla y escucha. Se sube a naves hechas de palabras. El lector sabe, sin embargo, que Cristina hace algo más. Se baja del barco con notas en una libreta y frases y gestos en la memoria. Se va a su casa a escribir la memoria de la nave. Su escritorio huele a sal, pues Cristina Pacheco escribe en él los recuerdos de la mar. Cristina Pacheco es escritora:

–Buena o mala, no me importa, soy una escritora. Tengo la avidez de contar cosas. Por eso entiendo tan bien a los que hablan conmigo. Cuando hablo, cuando escribo, que es cuando me hablo a solas, expreso mi compromiso. Expreso mi posición ante la vida. Me expreso a mí misma.

Sigue diciendo:
–Una entrevista es escritura. Antes de la escritura hay un instinto. ¿Por qué quiero hablar con éste y no con otro? Me interesa lo que pueda sentir. Después, ya con mis sentimientos más claros, voy a casa y escribo. Una entrevista es literatura, es una de las maneras en que puedo saber qué cosa siento.

[...] La conversación entre Cristina y yo se acaba. Llega el tiempo y nuestro barco atraca. Acabamos de hablar cuando Cristina dice:

–Las palabras son los barcos que me llevarán a todos los mundos que no voy a conocer.

Pagamos la cuenta, salimos del muelle, nos damos un abrazo y decimos adiós. La memoria me sabe a sal. Me voy agradecido porque pude hablar de hablar con una señora morena, pelirroja y marinera ●



VIENE DE LA PÁGINA 9 / EN LAS PALABRAS...

En la serie de narraciones, publicada en la contraportada de este periódico y bautizada así con el apoyo de su pareja –José Emilio Pacheco–, la escritora narró historias que “pretendía que sonaran reales, aunque, paradójicamente, muchas personas creen que las que escribo son reales y no; nada es real, son historias que salen de una serie de experiencias de vida, de recuerdos o lecturas”. La triste realidad siempre se encontró con la ficción en ese espacio literario.

Cristina Pacheco –continúa Vaquero Simancas– “se caracterizaba por un periodismo social que dio voz a aquellas personas en vecindades y calles de México que pocas veces tenían cabida en la televisión. Nació en [...] San Felipe Torres Mochas, en el estado de Guanajuato, de donde decidió mudarse a la capital del país” para estudiar la carrera de Literatura Española en la Universidad Nacional Autónoma de México, “una formación que le sirvió para desarrollar su faceta como escritora. En 1960 comenzó a trabajar como periodista en los diarios *El Popular* y *Novedades*.” Cinco años después se casó con José Emilio Pacheco (Ciudad de México, 1939-2014), con quien tuvo dos hijas, Laura Emilia y Cecilia Pacheco.

Vaquero Simancas afirma que en la década de los setenta Cristina colaboró con la revista *Siempre!* y trabajó en los periódicos *El Sol de México* y *El Día*. “Como columnista hizo reportajes, crónicas y entrevistas en el diario *La Jornada* desde su fundación en 1984. Cinco años después comenzó un proyecto [...] que duró hasta la actualidad, la sección dominical *Mar de Historias*, en la que Pacheco escribía memorias del día a día mexicano que ella recogía de la calle.” El 3 de diciembre de 2023 anunció, en su última entrega, el retiro por su “precario estado de salud.” El inicio de su texto –insiste el periodista– funcionó para “dar las gracias a las personas que la acompañaron desde



La escritora y conductora Cristina Romo Hernández –cuyo nombre de pluma fue Cristina Pacheco– murió a los ochenta y dos años. Fue un símbolo de la televisión pública de nuestro país en el Canal Once, espacio para su programa *Aquí nos tocó vivir*, que se emitió durante cuarenta y cinco años.

1989: ‘A mis lectores y amigos les quiero agradecer su apoyo y su constancia a lo largo de [más de treinta años] que me han brindado su atención.’

En 1980 dio inicio su programa *Aquí nos tocó vivir*, proyecto ambicioso emitido en Canal Once cada semana desde ese año hasta 2023. Ganó el Premio Nacional de Periodismo en 1985. En el mismo canal también desarrolló, desde 1997, el programa de entrevistas titulado *Conversando con Cristina Pacheco*.

También desarrolló “una gran faceta como escritora, con más de veinte títulos publicados, que le sirvieron para ganar el Premio Bellas Artes de Literatura Inés Arredondo en 2022”, recuerda Vaquero Simancas. El jurado dijo que se trataba de “una autora éticamente comprometida con dar voz a personas emblemáticas de todos los estratos sociales”.

El periodista escribe: “en 2012 ganó la primera edición del Premio Rosario Castellanos a la Trayectoria Cultural de la Mujer. El Consejo Nacional para la Cultura y las Artes valoró toda una vida dedicada a la comunicación: ‘Por su extraordinaria trayectoria en el periodismo, la literatura y la comunicación audiovisual, por su diálogo cultural vivo, mantenido a lo largo de varias décadas, dando voz con dignidad y respeto a personas de los más diversos ámbitos sociales’.”

Fue generosa. Vargas evoca la descripción de Pacheco sobre *Mar de Historias*: “Recuerdo aquella soledad y por eso, y para seguramente compartirla con alguien que en este momento lo esté sintiendo, escribo esas historias. No pretendo que tengan un cariz didáctico, eso sería muy difícil, pero si pueden enseñar algo a alguien, algo acerca de la vida de los demás y compartirla, me doy por satisfecha.”

Vida y escritura

“[NUNCA DEJÉ DE escribir] ni en los momentos más trágicos de mi vida, porque en las palabras está la vida; creo absolutamente en eso.” Esta frase de Cristina Pacheco condensa su obra. “En las palabras está la vida”, repito, mientras exploro diversas entregas de su *Mar de Historias*. Vargas recuerda que la escritora y periodista dijo en una ocasión: “Cuando te digo que conozco la marginación [es] porque así crecí y viví, conozco también ese aspecto terrible de la pobreza que es el abandono, la soledad. Cuando uno está solo, cuando vive en esos lugares, a nadie importa, ¿no es cierto?, darte



▲ Cristina Pacheco. Fotos: La Jornada/Lucero González.

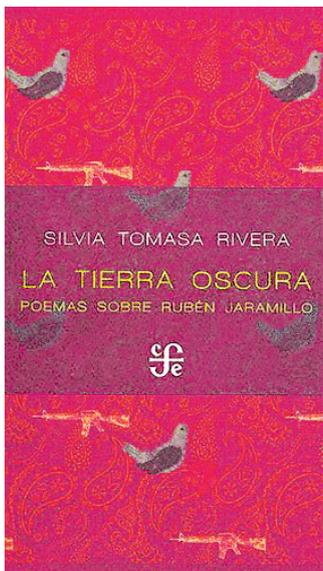
la mano, ni escucharte, ni verte, porque eres una persona incómoda y, de alguna manera, entre comillas, desagradable; eres una gente que está incomodando a los demás, que no pueden disfrutar de lo suyo porque está mal, porque no puedes estar acorde con el mundo, porque uno está irritado y furioso permanentemente.”

La irritación y la furia permearon su trabajo. También lo hizo la tristeza. En su columna dominical aseveró: “Desde la noche anterior nos sentábamos alrededor de la ofrenda con espacios vacíos en donde una flor, un juguete, una manta doblada, señalaban la presencia del niño muerto al minuto de nacido, sin tiempo suficiente para darle el nombre de algún santo patrono capaz de otorgarle protección o el que heredaban del bisabuelo herrero, el tío labriego o el hermanito muerto años o meses antes al que se deseaba sustituir.” La desolación fluye a través de su pluma.

Continúa: “Los niños, a quienes llamo hermanos, se iban en silencio, dejando los juguetes, las cazuelitas intactas y en algún rincón la ropita heredada de los otros niños mayores, también muertos, algunas marcadas por la huella de una lágrima, un ligero vómito que leíamos como una exclamación, una protesta contra la Muerte, ésa que entraba a su capricho en la casa para elegir una vida recién comenzada dejándonos un hueco apenas tolerable.” Y concluye su texto de la siguiente manera: “El juego, la risa, fueron y serán para siempre imposibles. Sea como fuere, sigo nombrándolos hermanos por el derecho que me da haber sido hija de los mismos padres y, aun sin conocerlos, amarlos tanto. [...] Hoy quise recordar, despedir a mis hermanos muertos. Quién sabe si después, por obra de los años, los olvide...” Conoció la desolación, la intemperie emocional. Nunca olvidaremos a Cristina Pacheco ●

PERSONAJES DE TIERRA AL VIENTO

La tierra oscura,
Silvia Tomasa Rivera,
Fondo de Cultura Económica,
México, 2023.



Alguna vez acusó al tiempo de tener miedo. El tiempo, puede ser; ella no. Poeta sin miedo, aunque tampoco temeraria, sigue al hilo su inspiración y se atreve todo lo necesario para transmitir la conmoción de la vida en tono lírico, sea íntimo, sensual o narrativo. Transita de la primera a la tercera y la segunda personas del singular, y en ocasiones el plural, para incrustar en el hilo de su canto las imágenes de la sorpresa, o contarnos historias y personajes de tierra al viento.

La poesía de Silvia Tomasa Rivera, tanto si versa como si prosa, va tocada por la gracia, la claridad y la elocuencia. Posee el encanto directo, original, de una poesía que sale del suelo mexicano, viene y va de la memoria. Parafrasea la realidad, nunca la infravalora. En lo popular y en la cotidianidad encuentra la plenitud vital del cuerpo, así deseante como herido.

Con *La tierra oscura. Poemas sobre Rubén Jaramillo* (Colección Poesía, Fondo de Cultura Económica, México, 2023) emprende de lleno la intención de cantar una historia de la Historia, el mito documentado de un ser que fue campesino, líder, figura nacional, perseguido, asesinado y hoy símbolo. Desde su primera serie, *Duelo de espaldas*, en un libro colectivo de Punto de Partida (1984), instaló su presencia firme como poeta. Trajo de la fuente y con frescura una infancia en la Huasteca, la contemplación del mundo como si fuera nuevo. En adelante su escritura se bifurca en la lírica y la narrada, aunque seguido las encabalgue. Rivera hace con su escritura lo que se le pega la gana y por lo regular acierta.

Narraciones fueron *El sueño de la Valquiria*, los episodios reunidos en *Cazador* (en particular *Martín Equihua*, publicado originalmente por entregas en *Ojarasca* e ilustrado por Patricia Soriano), el recorrido incesante de un músico de bar en *Lobo de ciudad grande* (UANL-La Otra, 2021).

Le podemos colgar raíces literarias en la tradición reciente (Sabines, Bonifaz Nuño, Efraín Huerta) o entre sus contemporáneos Luis Miguel Aguilar, José Joaquín Blanco, Ámbar Past, Ricardo Castillo. Pero las raíces de mero adentro anidan en el son, los corridos y boleros, y en las mitologías rurales del cine de oro nacional.

Sus heroínas aparecen con “estas ganas de andar como gacela/ en violentas estampidas contra el aire”. Sus varones, como Martín Equihua o el Cazador, cargados de destino, son acechados por la muerte. Es la cuerda de su Lobo: delirio, sensatez y aventuras de un saxofonista perseguido por el blues. “Hábitat oscuro donde se encienden las palabras en un canto chamánico y tabernario”, lo describe José Ángel Leyva.

Con *La tierra oscura* es otro el riesgo que se toma Rivera, producto de su encuentro con la geografía viva de Morelos, donde actualmente reside, tras su ir y venir veracruzano y chilango. Para sus poemas narrativos elige escenarios concretos: un puerto en el sureste, la montaña

de Guerrero, ranchos y caminos de extravío en la Huasteca. Ahora nos aúpa en los bigotes de Zapata en su estatura de ídolo antiguo, a quien Rubén Jaramillo sigue desde chamaco.

Allí aprende Rubén lo que sabe de luchar por la tierra, y de la libertad interior que hacerlo implica. Viajamos por el agrarismo comunal, zapatista, cardenista, comunista, jaramillista. Emiliano, Otilio Montaño, Genovevo de la O, hombres en armas que determina la acción, asoman en paralelo con una historia de amor compañero. Epifanía en la lucha, el abrazo y la muerte: “El amor/ en tiempos de lucha/ es un sendero/ de filo intransitable.// El canto del ceniztle/ es la única respuesta/ a la mujer que espera/ la noticia/ en el campo minado.”

Rubén Jaramillo, hombre de paz y de campo, orillado por las traiciones del gobierno a ser hombre de guerra. La montaña y la huida lo esperan una y otra vez. De su Zacualpan natal a Zapata en Medialuna, los ingenios y las milpas; de Lázaro Cárdenas a López Mateos; de Tepoztlán a Coatetelco. El arco vital de Jaramillo avanza con la razón por delante: “No sólo la tierra, también la paz/ es de quien la trabaja.” Desde los griegos la trama trágica se origina en una tragedia anterior. Serán Zapata, Jaramillo, y más adelante el Güero Medrano quienes pongan en juego su sangre por la lucha campesina. Y para tiempos recientes, el pacifista asesinado Samir Flores Soberanes.

“¿Te acuerdas Epifanía?/ Entonces yo no había subido a la montaña,/ ni había orden de aprehensión en mi contra,/ mi arma eran los sueños/ y mi lucha a las claras.” Jaramillo duda como los buenos, como los bravos desconfía, como a los mártires lo engañan. Su asesinato en las ruinas de Xochicalco el 23 de mayo de 1963 es una página de peculiar ignominia en la historia política moderna. Su muerte y la de su familia se atribuye a Adolfo López Mateos. Así las coplas de *La tierra oscura*: “No respetaste a Epifanía/ ay, ejército malvado/ el niño lloró en su vientre/ parecía cosa del diablo.// Mataron a Jaramillo/ cerquita de un tecoral,/ la bala salió directo/ del Palacio Nacional.” La poeta nos lleva, como nunca antes en su obra, a la tierra firme (y oscura) de la Historia y la denuncia ●

 JornadaSemanal

 @LaSemanal

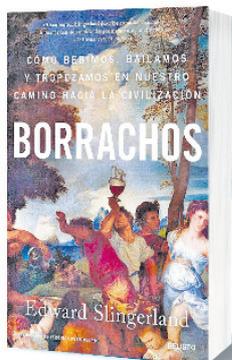
 @la_jornada_semanal



Visita nuestro
PDF interactivo en:

<http://www.jornada.unam.mx/>

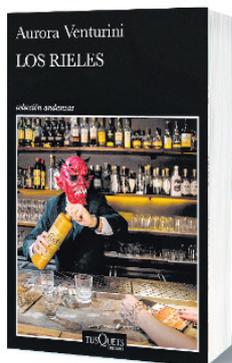
Qué leer/



Borrachos. Cómo bebimos, bailamos y tropezamos en nuestro camino hacia la civilización, Edward Slingerland,

traducción de Verónica Puertollano López, Ediciones Deusto, España, 2023.

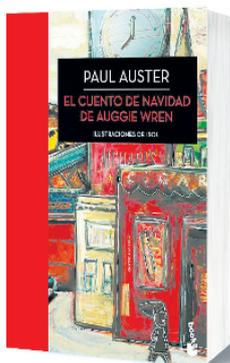
EDWARD SLINGERLAND afirma que desde un punto de vista evolutivo, el consumo de ciertas drogas “tiene lógica.” La cafeína, la nicotina y otros estimulantes son “potenciadores del rendimiento” que nos permiten alcanzar nuestros objetivos evolutivos normales, con una energía añadida sin que afecten a nuestras funciones ni nos separen de la realidad. Es el consumo de sustancias que intoxican, principalmente el alcohol, lo que resulta asombroso. El término intoxicación comprende “los estados de ebriedad.” El consumo atenúa la capacidad que nos hace humanos: “gobernar conscientemente la propia conducta, mantenernos concentrados en una tarea y un nítido sentido del yo”. La pregunta que Slingerland desea responder es: ¿por qué hemos recurrido siempre a sustancias que alteran la conciencia en múltiples civilizaciones?



Los rieles, Aurora Venturini, prólogo de Alan Pauls, Tusquets, Argentina, 2023.

“LAS SITUACIONES dolorosas, difíciles, conllevan territorios insondables guardados subconscientemente, que al surgir en estado de vigilia todavía brumosa, desconciertan. Vienen a mi memoria los rieles soñados de un ferrocarril. Tal vez apa-

recieron durante las horas que ocuparon mis intervenciones quirúrgicas. –Trato de exhumarlos de mi interior confuso”, escribe la extraordinaria Aurora Venturini (La Plata, 1921–Buenos Aires, 2015) en *Los rieles*, su último libro publicado en vida. Alan Pauls, en el prólogo a esta nueva edición, recuerda que la escritora tenía noventa años; seguía reponiéndose de una operación de cadera y de los tres días de coma que dominan el eje de la narración. Su voz arde, en palabras de Alan Pauls. También lo hace su memoria. Se trata de un deslumbrante texto sobre alguien que se encuentra entre la vida y la muerte.



El cuento de Navidad de Auggie Wren, Paul Auster, ilustraciones de Isol, traducción de Ana Nuño López, Editorial Booket, España, 2023.

LA EDITORIAL Booket reeditó *El cuento de Navidad de Auggie Wren* en la Biblioteca Paul Auster. El escritor recibió el encargo de *The New York Times* de escribir un cuento navideño. Para inspirarse, un día salió a pasear y fue al estanco de Brooklyn de su amigo Auggie Wren, un fotógrafo que retrata, cotidianamente, la misma esquina del barrio y el paso del tiempo. “Le oí contar este cuento a Auggie Wren. [...] La historia de la cartera perdida y la anciana ciega y la cena de Navidad es exactamente la que él me contó”, escribe Auster.

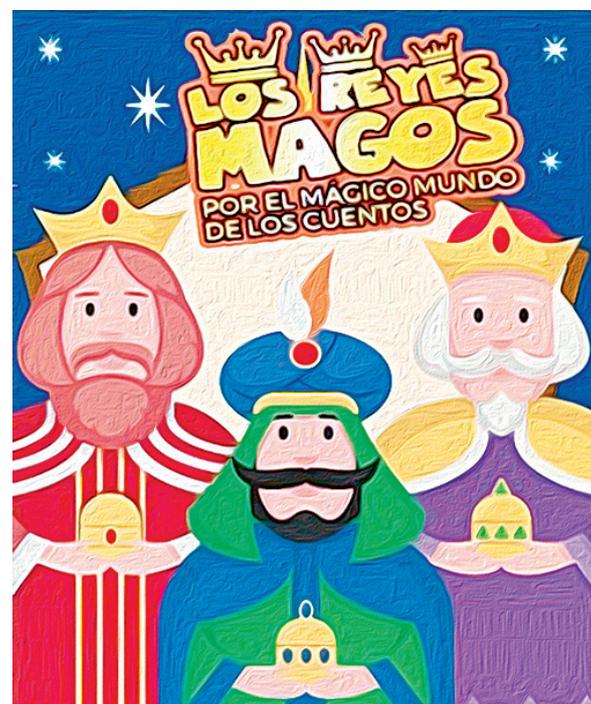
Dónde ir/

Los Reyes Magos por el mágico mundo de los cuentos.

Dramaturgia y dirección de Elizabeth de la Fuente.

Con Ulises Ávila, Aleks Vázquez, Randy, Edson Franco, Eder Tercero, Kevin Flores y Nat Soto. Teatro Foro Coapa (Calzada del

Hueso 932, Ciudad de México). Martes 26, miércoles 27 y viernes 29 de diciembre a las 16:00 horas; sábado 30 de diciembre a las 16:30 horas; martes 2, miércoles 3 y jueves 4 de enero a las 16:00 horas; viernes 5 de enero a las 16:00 y 17:30 horas; sábado 6 y domingo 7 de enero a las 16:00 horas. Temporada 2023–2024.



LOS REYES MAGOS viajan por todo el mundo y, en su largo recorrido, llegan a Ciudad de México, donde se encuentran con nuestra cultura. Disfrutan de la primorosa gastronomía y se asombran con las costumbres de los habitantes. La puesta en escena resulta una sorpresa para todos los pequeños, que son trasladados por un mundo maravilloso.

Todo se vuelve más ligero. Curaduría de Lisa Phillips.

Museo Jumex (Miguel de Cervantes Saavedra 303, Ciudad de México). Martes a domingos de las 10:00 a las 18:00 horas. Hasta el 11 de febrero de 2024.

EL MUSEO JUMEX cumplió su décimo aniversario. Para celebrarlo, el recinto invitó a Lisa Phillips, directora del New Museum de Nueva York, para organizar una exposición “sobre el significado de la luz y las manifestaciones de la ligereza o el peso de las situaciones que vivimos actualmente.” ●

En nuestro próximo número

La Jornada
SEMANTAL

SUPLEMENTO CULTURAL DE LA JORNADA

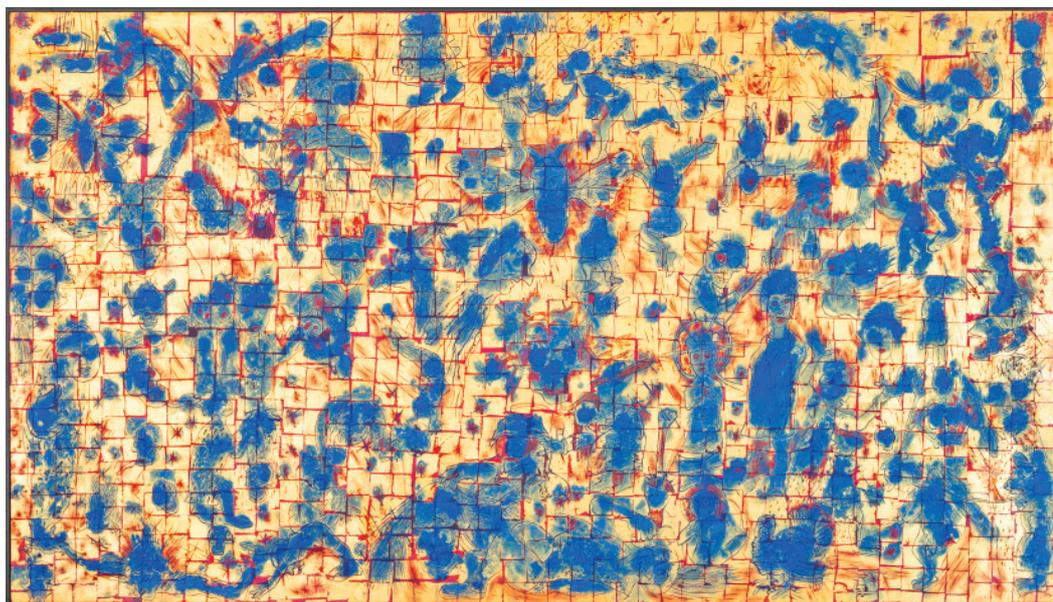
VIDA Y RESISTENCIA:

CINCO ESCRITORAS
EN LENGUAS
ORIGINARIAS

Artes visuales / **Germaine Gómez Haro**

germainegh@casalamm.com.mx

Los viajes de ida y vuelta de Sergio Hernández



El Colegio de San Ildefonso presenta la magna exposición *Un fantástico viaje*, del artista oaxaqueño Sergio Hernández (1957) con más de 150 obras que abarcan una década de trabajo reunidas en diferentes grupos temáticos. En un video realizado para acompañar la muestra, el artista expresa: “Si yo resumiera todo lo que he hecho, me parece que ha sido un fantástico viaje en mi vida hacia ver y expresar un momento. Yo no digo que estoy en el final, pero no hay tiempo; el tiempo no existe cuando está uno haciendo dibujos, rayas, creando, como le llamamos, el tiempo desaparece y el mismo cuadro de hace veinte años hoy en día aparece otra vez.” Al recorrer la extensa muestra entendí que Sergio percibe su quehacer artístico como el resultado de una larga travesía visual y ontológica por muy diversos parajes geográficos y estadios existenciales, que se ven reflejados en las distintas series a lo largo de la exhibición. Los viajes han sido la inagotable fuente de inspiración de gran parte de su creación desde sus inicios. El punto de partida fue su terruño natal, Santa María Xochitlapilco, pequeño poblado enclavado en la sierra mixteca, en la región de Huajuapán de León, desde donde la familia emprendió el primer viaje a Ciudad de México en 1973. Su formación en la Escuela Nacional de Artes Plásticas y posteriormente en la

Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado conocida como La Esmeralda, lo llevaron a viajar por la historia del arte de todos los tiempos, hasta su primera estancia en París en 1986 donde permaneció cerca de un año, parteaguas fundamental en su trayectoria. De esta época vemos exhibido uno de sus exquisitos cuadernos de apuntes donde comenzó a realizar con inusitada maestría y frescura las historias del *Popol Vuh*, libro sagrado de los Mayas que desde entonces ha sido uno de sus temas predilectos. Por sugerencia de Francisco Toledo, viajó a Colmar, pequeño poblado en Alsacia, donde se encuentra el altar de Isenheim, obra del gran Matthias Grünewald cuya imagen del Cristo en la cruz es uno de los más conmovedores iconos de la historia del arte. Desde entonces, la cabeza espinada del Cristo de Grünewald ha aparecido una y otra vez en diferentes escenas y contextos, fusionada con otros elementos simbólicos de su muy personal iconografía. En esta exposición se presenta la serie de *Los Dolientes* y *Los Antoninos*, pinturas de gran contenido dramático que evocan el dolor del Cristo de Grünewald transportado a nuestro mundo moderno y convulso. A partir de entonces, Sergio se volvió un viajero incansable y sus experiencias captadas en parajes por todo el mundo han aparecido directa o indirectamente plasmadas en sus series

Izquierda: *La vida de Japón*, 2022. © Colección privada. Derecha: *Códice Yanhuitlán*, 2015.

temáticas como guiños que viajan de ida y vuelta. Sus viajes incluyen inmersiones en el mundo de la literatura, la filosofía, la historia, el ensayo político y social, y de sus lecturas extrae referencias que el espectador acucioso puede leer entre líneas en sus pinturas y grabados. En los últimos tiempos se ha interesado por el estudio de los códices antiguos, como el de Yanhuitlán y la Relación de Michoacán, cuya libre interpretación forma parte esencial de esta muestra. Otra lectura fundamental es el trabajo del sociólogo y antropólogo Roger Bartra que vemos interpretado por el artista en sus cuadros protagonizados por el ajolote, y el tema de la abrumadora corrupción política de la actualidad, expresado a través de las mentiras de Pinocho. La violencia también está presente desde el conflicto de la APPO en 2007 en Oaxaca. Con ironía y humor ácido recurre a la imagen de Benito Juárez para manifestar una crítica social. Del inframundo en sus comentarios de denuncia política se traslada a la belleza metafórica en sus jardines imaginarios y selvas portentosas, su zoología fantástica y su inmersión en el fondo del mar: el recuento poético de sus viajes de ida y vuelta bellamente expuestos en esta gran exposición ●



Tomar la palabra/ Agustín Ramos

Sabiduría otomí

AUNQUE EL SUBTÍTULO, “Estudios de lingüística y tradición oral en los pueblos indígenas del Alto Mezquital, estado de Hidalgo”, establezca con claridad que *Mayati Neku* La sabiduría otomí, obra del ixmiquilpense Eddy Rodríguez Escamilla, constituye la reseña íntegra, cabal, de cinco siglos de estudios sobre el idioma otomí, ésta también se deja leer como libro de aventuras: un entrañable libro de aventuras que conjuga el rigor crítico con la agilidad narrativa.

La práctica del género épico y de las ciencias sociales por parte de un hablante dotado de la debida preparación y de una alta sensibilidad filial, hacen de *Mayati Neku* una obra literaria lo mismo que una obra historiográfica... Invocando la urgencia de preservar la tradición oral de los otomíes, Rodríguez Escamilla incluyó una antología de cuentos recopilados entre 1925 y 1995. Y de este modo, sin la menor concesión, elaboró un panorama minuciosamente completo y agudamente crítico sobre los estudios que el idioma otomí ha generado durante medio milenio.

Esta epopeya crítica de una lengua, este relato de sus aventuras y desventuras, se realiza y visibiliza en términos de conflicto. Los hijos de un pueblo y un verbo encarnados en civilizaciones antagónicas protagonizan un drama en el que los enemigos mortales y los aliados superlativos surgían y surgen donde y cuando menos se les espera: conquistadores con intenciones de sometimiento y explotación, mestizos que tras la Independencia y en torno a la Reforma inician el estudio sistemático de las lenguas indígenas, así como gobernantes y especialistas que en el siglo XX continúan dicho estudio bajo el influjo del movimiento revolucionario y de las disciplinas antropológicas, lingüísticas y etnológicas...

Entre los actores de esta penúltima etapa sobresale Jacques Soustelle, a quien Eddy Rodríguez Escamilla dedica el libro. Para ilustrar la razón de tal homenaje, basta con la siguiente cita de Soustelle: “Cuando no se conoce de una población más que los juicios sobre ella de otros, y ella no llega nunca a defender su propia causa, se puede esperar que sea injustamente difamada. Este es el caso de los otomíes.” Así pues, la dinámica de la sobrevivencia otomí, en tanto idioma y en tanto pueblo, debe interpretarse como una victoria de toda la humanidad, es decir tanto de los hablantes como de los estudiosos locales y foráneos que han valorado el mérito cultural de los otomíes.

En otras palabras, la muestra de dieciocho textos, anteceditos por la revisión exhaustiva de la evolución de los estudios lingüísticos, desde el siglo XVI por los frailes misioneros, hasta los trabajos más importantes de lo que va del siglo XXI –última etapa examinada–, más el compromiso de Rodríguez Escamilla con la reivindicación de la literatura oral, produjeron un conmovedor cantar de gesta: la epopeya del idioma otomí hablado, cantado y dibujado por los habitantes originarios del Mezquital.

Para despertar la curiosidad de los lectores, omito las emocionantes peripecias relativas al cardenismo, al Instituto Lingüístico de Verano y a los congresos indigenistas inmiscuidos en el idioma otomí. Sobre estos últimos, nuestro rapsoda señala que “decidieron cambiar el nombre de la lengua: en adelante ya no se llamaría otomí sino Ñahñú...” En síntesis, siendo el idioma otomí un conflicto en sí mismo, su historia puede resumirse como una batalla desde siempre por la sobrevivencia. Y *Mayati Neku* registra las manifestaciones más poderosas de un pueblo que ha sabido y sabrá resistir asedios, desde los imperios precolombinos (y antes) hasta la presente globalidad (y después) ●

Biblioteca fantasma/ Evelina Gil

El cuaderno prohibido



DURANTE MUCHO tiempo, la autora ítalo-cubana Alba de Céspedes (Roma 1911-París, 1997) fue menospreciada como escritora y mantenida a raya por sus fuertes convicciones antifascistas durante la dictadura de Benito Mussolini. Contemporánea de dos celebradas autoras, Natalia Ginzburg y Elsa Morante, Alba, quien eligió su lengua materna, el italiano, como lengua literaria (aunque también dominaba el español), publicó en 1938 una primera novela que causaría un revuelo internacional, *Nessuno torna indietro*, que no tardó en ser censurada, aunque no con suficiente antelación para no volverse lectura muy buscada por mujeres jóvenes.

Hija del embajador cubano en Italia, fue una autora adelantada a su tiempo y muy segura de lo que deseaba expresar. Recién ha abandonado su calidad de inédita en español a través de una novela publicada en 1952, *El cuaderno prohibido* (Seix Barral, México, 2013), que cuenta con una protagonista inolvidable, Valeria Cossati, ama de casa cuya vida comienza a cambiar tras la espontánea adquisición de un cuaderno negro donde retoma un hábito juvenil: llevar un diario. Antes de este arrebato, Valeria ha vivido entregada a sus dos hijos, Riccardo y Mirella, y a su bonachón esposo Michele. Lo que la rescata de ser convencional es que contribuye a los gastos del hogar trabajando como secretaria en un despacho. Su esposo y sus hijos suponen que esto constituye un sacrificio extraordinario para ella, pero Valeria encuentra en su oficio cierta autonomía que la colma de una secreta satisfacción.

Aunque nunca ha tenido ínfulas de escritora, no reconocibles al menos, la escritura constante y secreta le permite, a los cuarenta y tres años –se asume vieja–, analizar sus sentimientos más íntimos, no, de entrada, con la profundidad deseable, ya que corre un riesgo constante de que alguien intercepte su cuaderno. No obstante, va adquiriendo hábitos que le permiten concentrarse en el diario, y va desdoblándose hasta casi

convertirse en otra. Adquiere la facultad de mirar a sus hijos, a su esposo e incluso a su madre con una objetividad que el amor o el respeto tienden a nublar. En secreto siempre ha preferido a su hijo varón por sobre la hija, máxime cuando ésta empieza a dar muestras de rebeldía al enamorarse de un hombre que casi le dobla la edad. Del mismo modo que Valeria escapa de la regularidad al alternar sus deberes domésticos con un empleo de tiempo completo, Mirella ambiciona convertirse en abogada y accede a la universidad en una época en que esto es la excepción y no la norma. Conforme avanza en su escritura, Valeria no sólo deja de poner en tela de juicio la moralidad de su hija, sino que reconoce que le hubiera gustado tener sus mismos privilegios y termina por admirar la pasión con que Mirella defiende su vocación, su amor y su libertad.

Por otra parte, Valeria, a quien su marido trata con asexuado respeto, al grado de referirse a ella como “mamá”, comienza a reparar en las cualidades de Guido, quien ha sido su jefe durante casi veinte años. Éste, que siempre albergó una secreta atracción hacia ella, comienza a abrirse de capa exponiendo su hartazgo por la vida familiar y no tardará en besar las manos de quien ha sido su eficaz secretaria y proponerle una escapada a Venecia. A través de la cada vez más comprometida escritura de este cuaderno prohibido, presenciamos las reacciones de la virtuosa Valeria ante estas pruebas insólitas que le va poniendo la vida; asistimos a un duelo permanente entre su conciencia y su anhelo de retomar la vida en el punto en que la sociedad dictó que debía terminar. Valeria descubre que su cuerpo palpita, que es joven aún, aunque Riccardo insista en convertirla en abuela y su esposo la ignore en la intimidad. Contemplará la posibilidad de que el cuaderno negro pudiera ejercer algún poder satánico sobre ella y, por consiguiente, planea quemarlo. Pero... ¿cómo renunciar a la oportunidad de volver a ser feliz? ●

Bemol sostenido/ Alonso Arreola

Redes: @Escribajista

Orquesta dispuesta a la respuesta

IMPROVISAR. CREAR con espontaneidad usando elementos “a la mano”. Responder a la intuición del relámpago; al llamado de una musa efímera y caprichosa. Don otorgado a los “elegidos”. Tabú entre los aspirantes al oficio artístico. Capacidad divina... Lila... o como quiera llamar este domingo, lectora, lector, a esa habilidad misteriosa que promueve el alumbramiento de algo original en los terrenos de, verbigracia, la música.

Muchos creen que esto sucede exclusivamente en solitario. En el estricto abandono de la sociedad. En el monástico encierro que pergeña inspiración privada. Pero no es así. La improvisación grupal es uno de los más apreciados caldos de cultivo sonoro. Mas no profundizaremos en ello este día.

Mucho hemos publicado aquí sobre la imaginación grupal en el jazz, o en el *sound painting*, o de los raperos en el *freestyle*, o de provocadores callejeros como Marc Rebillet, o de los repentistas en el huapango, o en quienes enarbolan un *spoken word* poético. Nada de eso interesa hoy, cuando pensamos en otra forma de improvisación por cosa grata del algoritmo que se suma a los insomnios. Hablamos de la fantasía de una sola persona ante una orquesta entera, dispuesta a tirarse al tobogán de la súbita creación.

Fue hace cinco noches cuando presenciamos una obra de esta especie en Youtube, dirigida por Ben Folds, cantautor que sigue la escuela de Billy Joel y Elton John con trazos líricos y melódicos simples, cotidianos, diáfanos. Excepcional.

El evento en sí ocurrió seis años atrás, con el músico invitado a una velada especial en el Kennedy Center de Washington. El objetivo era que, teniendo a una filarmónica a su disposición, Folds creara una pieza con letra en apenas diez minutos. ¿Cómo lo consiguió?

El anfitrión lo introdujo al escenario para que soltara los caballos de la imaginación a partir de tres provocaciones del público que llenaba la sala. Una fue la tonalidad en que compondría la pieza. Se eligió La Menor de entre los gritos entusiastas. Otra fue la velocidad, que sucedería a tiempo rápido. Finalmente pidió que le dieran una frase interesante del programa de mano repartido esa tarde. La elegida fue: “Estos espacios se han diseñado para ser flexibles.” Lo que sucedió después, con Folds al piano, nos recordó los diálogos de Gabriela Montero o Martha Argerich con su público, cuando a solas y a partir de recuerdos melódicos, generaban variaciones y desarrollos de gran valor estético en el teclado. Por cierto, valga esta digresión coyuntural: el gobierno francés, en manos de su presidente Emmanuel Macron, le acaba de dar a doña Martha, creadora e intérprete superlativa, su máximo reconocimiento artístico: Comendadora de la Legión de Honor. Fue en la misma ceremonia en que el director y compositor Daniel Barenboim, también de origen argentino, recibiera la Gran Cruz de la Legión de Honor. Ambos genios.

Volviendo a nuestra noche de insomnio, Ben Folds cumplió con creces ante la orquesta. Algo diferente en los terrenos de la composición a botepronto, pues se hizo cargo de todo a la manera de Frank Zappa. Esto es: con el apoyo incondicional de los músicos montados en su albedrío. Cuando lo busque y lo escuche podrá entendernos mejor. El tipo ha sido fuente de humor y creación espontánea por largo tiempo.

Y bueno. Parecerá forzado pero en tiempos como éstos vale la pena alegorizar. Quedándonos dormidos fuimos torciendo pensamientos. Vimos a Folds como líder de una nación, explicando su visión a un gabinete de músicos notables, dirigiendo creativamente nuestros destinos de aire, conduciendo con belleza a la audiencia convertida en pueblo. ¿Algo imposible? ¡Gilberto Gil fue ministro de cultura en Brasil!

En fin. Busque el canal del Kennedy Center. Busque a Folds. Aplauda el riesgo de la creación espontánea, pero rigurosa. Buen domingo. Buena semana. Buenos sonidos.



Cinexcusas/ Luis Tovar @luistovars

Re/cuento 2023 (II y última)

¿QUÉ SE EXHIBE en el cine y para quién? Para responder verazmente la pregunta es forzoso dejar a un lado el uroboro que distribuidores y exhibidores suelen esgrimir cuando se les pide hablar del tema, según el cual “en el cine se programa lo que la gente quiere ver”. De acuerdo con ellos, la gente –así en abstracto, como si de un bloque homogéneo se tratara– de uno u otro modo siempre pide que le pongan por delante una megaproducción estadounidense y, de cuando en cuando, alguna película nacional que, de un modo u otro, trate de emular los formatos y las intenciones del cine menos arriesgado, el más repetitivo, el más convencional cuyo modelo, no por casualidad, proviene de la autonombra *fábrica de sueños* gringa.

Así se desprende –una vez más, porque todos los años es lo mismo y sólo cambian los títulos de los filmes– del informe más reciente de la Cámara Nacional de la Industria Cinematográfica (CANACINE), de acuerdo con el cual fue *Super Mario Bros. La película*, la cosa que más espectadores vieron en las salas, tantos como veintidós millones setecientos mil personas en números redondos, equivalentes a poco menos del once por ciento del total de 218 millones. En cuanto al cine mexicano, esa otra cosa titulada *Radical*, perpetrada por Christopher Zalla y protagonizada por ese insufrible que responde al nombre de Eugenio Derbez, fue la producción más socorrida; sigue en cartelera, pero hasta el 27 de noviembre había convocado alrededor de tres millones cien mil espectadores y entre todos apoquinaron unos doscientos millones de pesos. La desproporción es desoladora y clamorosa: la relación con *Super Mario Bros.* es superior a siete contra uno y la pestilencia ésa se ha embolsado arriba de los mil quinientos millones. En otras palabras, hasta el “mejor” esfuerzo por asimilarse al cine gringo quedan cortos y el abismo es claramente insalvable.

La (eterna) desproporción

BASTA EL EJEMPLO arriba citado para entender la otra desproporción que se deriva de tan tristes distorsiones: en su

conjunto, el cine hecho en México no alcanzó ni siquiera el cinco por ciento de la “recaudación” en la taquilla –la cifra exacta es 4.8–, sin importar que haya aumentado más del diez por ciento –el incremento fue de trece– la cifra de producciones nacionales estrenadas, que llegaron a la suma de noventa y dos.

Quitando *Radical*, las noventa y un restantes quedaron tan por debajo de las cifras referidas que cualquiera tuvo un desempeño imposible de considerar sino como marginal. Haga cuentas: el total ingresado fue de 14 mil 631 millones de pesos; nada más 4.8 por ciento, equivalente a 702 millones 288 mil, correspondió al cine mexicano; de esa cantidad doscientos millones fueron a parar a *Radical*, de manera que si se prorratearan los 502 millones y fracción que restan entre noventa y un películas, cada una habría recibido algo así como cinco millones y medio de pesos en promedio. Apúntese, para quien lo ignore, que una producción nacional típica no cuesta menos de diez millones aproximadamente, que son raras las que cuestan menos de eso y rarísimas las que, en esa condición, logran recuperar lo invertido.

De regreso al punto del principio: en efecto, la gente quiere ver eso que ve, pero no es sino producto de un condicionamiento históricamente prolongado, permanentemente reforzado y denodadamente defendido por sus beneficiarios: que Mediomundo haya visto *Super Mario Bros.* no significa que sea buena, sólo que hay una enorme maquinaria para beneficiarla, tal como se hizo el año anterior con otro bodrio, y antes otro, *ad nauseam*. Que *Radical* o cualquier miasma derbeziano o higaredesco rasguñen un pedazo está previsto, es parte de lo mismo. Finalmente, y con tristeza hay que decirlo, un filme extraordinario como *Tótem* no será más visto gracias a su calidad intrínseca, que no debería precisar de asideros de ninguna clase, sino sólo porque ha sido “bendecido” con una candidatura al premio Oscar.

Aunque parezca petición para los Reyes Magos, ojalá que el año que comienza mañana la cosa sea distinta ●

Vilma Fuentes

Feliz año nuevo

Crónica de una cena de fin de año en la casa de Enrique González Pedrero (1930-2021) y Julieta Campos (1932-2007) a cuya mesa, presidida por Octavio Paz (1914-1998), se sentaron algunos de los nombres más destacados de la cultura mexicana del siglo pasado, con un epílogo en la fastuosa y abundante celebración en casa de otro grande: Carlos Fuentes.

Uno de mis últimos encuentros con Alejandro Rossi tuvo lugar en la casa Enrique González Pedrero y Julieta Campos, en San Ángel, durante una cena de Año Nuevo. El invitado principal era Octavio Paz. Como era su costumbre, Octavio revisaba la lista de invitados del el anfitrión, de la cual borraba los nombres de los indeseables. Jacques y yo llegamos con José Luis y Bertha Cuevas. Apenas instalados, escuché la voz silbante de Rossi preguntando, al reconocer el vozarrón de Jacques, quién era el mexicano que hablaba un francés sin faltas. Los otros invitados fueron llegando. No éramos más de quince. Paz sabía seleccionar. Paulina Lavista llegó sola pretextando que Salvador Elizondo estaba enfermo y no podía asistir. Rictus de los labios para disfrazar la sonrisa de incredulidad de quienes sabían muy bien que Salvador no tenía más enfermedad que la alergia a las reuniones de ese primer círculo de Paz. Para Elizondo, en las reuniones de *Vuelta* no se hablaba sino de política. Desde temprano en la mañana, Octavio telefoneaba a diario a los escritores del círculo, como un presidente telefona a sus secretarios de Estado. Gabriel Zaid, Basia Batorska, Ulalume González de León, Danubio Torres Fierro eran los otros elegidos. Desde luego, Paz vino acompañado por Marie-Jo, su esposa, a quien seguía con la mirada, celando cada gesto.

A Enrique se le ocurrió pedir a Paulina que sacara algunas fotos de la reunión. Cuando Paz vio a la fotógrafa tomar la cámara, amenazó con retirarse. Paulina pasó del rubor escarlata a la lividez trastabillando sus palabras, sin saber cómo pedir perdón al gran pontífice, alegando su inocencia sin acusar al anfitrión. Enrique, caballeroso y valiente, se lanzó al socorro de la temblorosa Paulina confesando que era él quien pidió a Lavista tomar unas fotos. Como Octavio se dejaba fotografiar en los eventos públicos, me pregunté si no fue a causa de Zaid, quien no soportaba que lo fotografieran, que Paz amenazó con retirarse al ver la sospechosa arma en manos de una tiradora de élite.

Paulina se arrinconó en su mutismo. Ulalume, en cambio, alzó el tono de su voz para seguir recitando un poema de Paz a los oídos del autor. José Luis, a menos de cinco metros de ellos, se puso a imitar los gestos con que Octavio parecía aprobar o desaprobado las articulaciones de la voz de Ulalume. Marie-Jo, curiosa, se acercó a nosotros. Rossi y Olvette se unieron al grupo. Como José Luis se puso a imitar a amigos y conocidos ausentes, le recordé su irresistible imitación de Víctor Flores Olea cuando hace la corte a Mercedes Iturbe. Alejandro Rossi, quien reía en silencio para no soltar el cigarrillo de sus labios, me murmuró hablando de Víctor: “Primero fotógrafo, luego escritor, ¿por qué no cantante de ópera ahora?” La mordacidad de Alejandro exageraba los dones de Víctor. Cuevas representaba ahora una escena conyugal entre Juan Soriano y Marek Keller.

Quince minutos antes de la medianoche, nuestra anfitriona comenzó a distribuir las uvas y Enrique las copas de champagne para llevar a cabo el ritual con que se recibe el nuevo año: comerse una uva por segundo durante las doce campanadas para que se cumplan los doce deseos pedidos segundo tras segundo y beberse la copa de un trago.



Octavio parecía inquieto mientras José Luis volvió a sus imitaciones. En realidad, no eran las parodias inventadas por Cuevas las que lo preocupaban. La causa de su contrariedad era Marie-Jo. Celoso consuetudinario, no soportaba verla lejos de él ni unos metros. Ya en otra ocasión no había podido ocultar sus celos cuando Marie-Jo platicaba con Severo Sarduy. Que Severo fuese homosexual no le evitaba sentirse celoso: toda la atención de ella debía ser para él.

Decidido a separar a Marie-Jo de un grupo que a él le parecía atentaba contra su calidad de marido y amo, así como de obligarla a volver a su lado, Octavio elevó la voz:

—Marie-Jo, voy a apartarte un lugar junto a mí en la mesa. Apúrate si no quieres perderlo.

Las sonrisas de Alejandro y Cuevas se dibujaron en sus labios al escuchar el dramático vaticinio de ver a su esposa privada de una silla.

Ya en el comedor, quedamos divididos en dos mesas: una, encabezada por Paz; otra, donde nos sentamos José Luis, Bertha, Paulina, Jacques y yo. Bertha no pudo tolerar la vejación de verse lejos de la irradiación benéfica del monarca. Se dirigió a Julieta Campos para informarle que debíamos irnos, pues Carlos Fuentes nos esperaba para celebrar el Año Nuevo. Octavio preguntó por qué nos íbamos sin cenar, contesté que debíamos asistir a la misa de gallo. Jacques abundó en mi sentido alegando nuestro fervor, pero Octavio afirmó, con ese movimiento de su cabeza izquierda a derecha cuando estaba nervioso: “La misa de gallo es de Navidad, no de fin de año.”

Atravesar el Periférico fue más difícil que cruzar el Mar Rojo, pues no lo encontrábamos. Llegamos a casa de Fuentes al amanecer. La fiesta seguía en su apogeo con su centena y pico de invitados. Pasamos del lujo de la rareza al fasto de la abundancia, tal vez la diferencia entre el poema y la prosa.

El Año Nuevo nos recibía con los brazos abiertos ●